

dran dret únicament aquells periodistes que no tinguin altre mitjà de vida, i que hagin actuat durant un determinat període d'anys — quinze, vint i trenta, respectivament—. Aquesta gradació estarà en relació amb la quantitat a percebre. Com sigui que el nombre de periodistes que es troben en aquest cas, no és exagerat, no cal que l'Estat es vegi obligat a recórrer a l'augment de preu de periòdics, perquè puguin ésser ateses les despeses originàries de la llei. L'Estat pot destinar perfectament una consignació per a aquesta finalitat humanitària que ha de reparar la injustícia que pateixen els homes consagrats a una funció social tan indispensable com és el periodisme.»

Guerra de periòdics

La Vanguardia (24 d'agost) publica una suggestiva crònica de Londres, signada per August Assia. En reproduïm una part:

«Los grandes empresarios ingleses han querido hacer sus periódicos iguales a los de Norteamérica: no estimulantes del proceso normal de la sociedad, sino espejos escandalosos de sus anormalidades y arbitrariedades. Un gran empresario de periódicos americanos cuidaba de repetir a sus redactores: «si en la 5.^a Avenida un perro muerde a un niño, esto no es una noticia; si en la 5.^a Avenida un niño muerde a un perro, esto es una noticia». En Norteamérica, sociedad de aluvión, llena de imaginación como una

locomotora de vapor, en la que se rompe cada minuto mil veces el ritmo de la normalidad, en la que Al Capone construye su villa de recreo frente a la del Presidente de la República, donde lo insólito ha sido elevado a una categoría fundamental, pueden hacerse cientos de periódicos con noticias de índole semejante a la de que «un niño ha mordido a un perro». Pero, en Inglaterra, donde los niños son bien educados y los perros todavía mucho más, donde no ocurre nada que perturbe el fluir regular de la vida; un pueblo obsesionado por la corrección y la continuidad, donde la Guardia de Saint James no se ha interrumpido un solo instante desde 1676 y lores de Mayfair reciben cada mañana al ayuda de cámara con las mismas palabras con que sus tatarabuelos le recibían, los periódicos llenos de titulares escandalosas y epatantes resultan totalmente desplazados, descoyuntados del organismo inglés. Así, los ingleses, en realidad, no leen sus periódicos, sino que los contemplan durante un rato, con la misma incierta desconfianza con que contemplan al que en el circo mete la cabeza dentro de la boca del tigre, luego los abandonan en el autobús o en el metro, y para distraerse fuman su pipa.

Ya que los niños no muerden a los perros en Inglaterra, los periódicos ingleses tienen que contentarse con crímenes vulgares o con suicidios por amor. El amor es tan importante para los periódicos ingleses como la tinta de imprenta; todas las intrigas del amor. Las bodas ocupan un capítulo importantísimo con la relación de invitados y fotografías de la «feliz pareja»; frecuentemente pueden encontrarse repor-

tajes sobre los amores de Hitler o de Tutankahmen, o las memorias de Pola Negri que se titulan «Cuando Lenin me amó». Hoy los periódicos de Londres se dividen en cinco grandes trusts: el de Lord Rothermere, hermano y heredero de Lord Northcliffe, el Napoleón de la prensa, que edita el *Daily Mail*, el *Daily Mirror*, el *Daily Sketch* y el *Financial Times*; el *Chronicle* y *Evening Standard*, por la noche, aparte de algunos semanarios; el grupo Berry, con el *Daily Telegraph*, *Daily Sketch* y el *Financial Times*; el grupo Harrison, con el *Daily Chronicle* y una serie de magazines ilustrados; el grupo Beaverbrook, del cual posee Lord Rothermere el 49 por ciento de las acciones, que publica el *Daily Express*, *Sunday Express* y *Evening Standard*; por último, el partido laborista edita con la empresa Elias el periódico *Daily Herald*, que no tiene nada de revolucionario y apenas si se diferencia de cualquiera de los otros grandes periódicos.

El *Daily Herald*, el *Daily Express* y el *Daily Telegraph* han sido los instrumentos de la guerra que estos días se ha desarrollado en la Fleet Street. El día 6 de julio, el *Daily Express* hizo explotar en todas las pantallas, en todas las carteleras, en todas las esquinas, la bomba de que había logrado una tirada de 2.072.000 ejemplares, la mayor tirada hasta entonces conocida en Inglaterra. En el *Daily Herald* y el *Daily Telegraph* se quedaron estupefactos; al parecer, el *Daily Herald* había logrado la cifra de 2.000.000 ya hacía algunos días, pero había descuidado de publicarla. El día 7 de julio el *Daily Herald*, publicaba, acompañada de fe notarial la noticia de

los 2.000.000. Inglaterra es el único país donde una fe notarial es todavía más poderosa que la propaganda, y la derrota del *Daily Express* fué manifiesta. Pero la guerra no ha hecho sino ganar bríos. Pocos días después, el *Daily Telegraph* publicaba la noticia de que había editado las obras completas de Dickens lujosamente para entregárselas casi regaladas a sus suscriptores. Dos fechas después, el *Daily Express* anunciaba que tenía en preparación una magnífica enciclopedia para sus suscriptores, cuya redacción había sido encargada a 75 grupos con un profesor como jefe de cada grupo, asistidos de un numeroso personal de sabios, técnicos, especialistas, etcétera. Los «numerosos volúmenes» de esta enciclopedia debían contener más de 2.250.000 palabras. Cuatro días más tarde, el *Daily Herald* escribía: «El *Daily Herald* ofrece a sus suscriptores una obra que les dejará atónitos, la más grande que haya sido realizada en la historia de la edición. Se trata de una enciclopedia en 12 volúmenes, conteniendo 5.000.000 de palabras, más de 7.000 páginas, más de 500.000 hechos, una galería de más de 3.000 ilustraciones, mapas y dibujos».

Desde el día 15 de junio, gastan las tres empresas 50 000 libras semanales en competencia *estúpida e inútil*, como en un artículo dice *Financial News*. Se ha celebrado hace unos días una reunión de los jefes de las tres empresas para intentar un arreglo que pusiese fin a la «ruinosa guerra». Pero, naturalmente, no han llegado a un acuerdo.

Hace más de un siglo, Thackeray llevaba a la Fleet Street a su héroe, el estudiante Pendennis, lo

paseaba por las casas de los periódicos y le hacía exclamar: «Esta gran máquina no duerme jamás. Tiene sus embajadores en todas las esquinas del mundo, sus correos en todas las rutas, sus oficiales en las armadas, sus enviados en los despachos de los hombres de Estado; posee el don de la ubicuidad; un corresponsal de este periódico vigila a estas horas en Madrid, mientras que el otro inspecciona el mercado de patatas en Covent Garden». Los periódicos ingleses de la época de Thackeray eran todavía hijos de aquellos periódicos que durante la época Elisabethiana se imprimían a mano, circulando por los cafés situados alrededor de la Bolsa, origen de todos los periódicos del mundo. Probablemente, la idea era holandesa, o tal vez judía, como deja indicar el nombre de *Corantos* que llevaban. Pronto los *Corantos* fueron impresos y comenzaron a publicarse regularmente: evitaban hacer alusiones al Rey y ocuparse de política, pero publicaban noticias del extranjero. Algunos como las «Noticias Ordinarias», fueron publicados en español. Su cuna ha sido las tabernas de la Fleet Street, frecuentadas por los capitanes de la Armada, los comerciantes del mundo entero, los piratas y los escritores.

Cerca de estas tabernas, entre la Fleet Street y el Támesis, se encontraba el convento de Carmelitas «Alsatia», que poseía el privilegio llamado del *perdón*, como el Hospital Real de Santiago de Compostela, según el cual, todo delincuente que, antes de ser detenido, lograra alcanzar las puertas de «Alsatia» quedaba perdonado de su delito. En aquellas tabernas de la City se hacía la fama. Milton les pro-

metía a los capitanes que debían defender la City contra los ataques de los normandos, y que si eran valientes, la City les pagaría «expandiendo su nombre sobre Tierras y Mares, en cualquiera de los climas que el Sol calienta». Los periódicos de hoy que regalan libros, plumas, zapatos, medias, para sustituir la falta de interés, o que, como el *Daily Mail* paga un seguro de 1.000 libras a todo el que en accidente de cualquier clase se muera acompañado de un ejemplar del periódico (también todo el que resulte herido en un accidente teniendo consigo el *Daily Mail* recibe una prima que va de 5 a 1.000 libras), estos periódicos no tienen ya ningún punto de contacto con aquellos periódicos nacidos en las tabernas de la Fleet Street.

Pero, afortunadamente, quedan todavía en Inglaterra en la prensa inglesa algunos periódicos vinculados a la tradición de los *Corantos*.

El más importante de todos, el *Times*, esa enorme masa que domina cada mañana la prensa inglesa. Fundado en 1785, permaneció en manos de la familia Walter, hasta que recientemente fué adquirido por Lord Astor, siendo dotado de un estatuto especial que le protege contra toda clase de eventualidades: sus acciones no pueden ser transferidas sin la anuencia de un comité constituido por los más altos funcionarios del Estado. A pesar de que el *Times* es, económicamente una potencia enorme, pues sólo los anuncios le reportan alrededor de cinco mil libras esterlinas por día, no se ha convertido en un periódico industrializado, sino que conserva, conjugándolos con los mayores progresos técnicos, el humanismo

de la antigua prensa con un aliento sentimental muy inglés. Su tirada es relativamente pequeña, para Inglaterra, apenas si llega a los trescientos mil ejemplares. Se vende a 2 peniques, mientras que los periódicos populares se venden a un penique. A sus primeras planas de anuncios por palabras, siguen invariablemente tres o cuatro planas dedicadas a los deportes. El *Times* es un espejo fiel de la vida inglesa sin imaginación y sin brillantez, pero presidida por una estricta conciencia y por un invulnerable afán de justicia. Es el periódico que conserva con más rigor la costumbre de publicar las cartas de los lectores, en las que los ex comandantes del ejército de la India discuten de todo menos de la India; sobre filología, sobre quien sea el autor de un tierno verso apócrifo.

Desde las columnas señoriales del *Times* se ha mirado naturalmente con una despectiva indiferencia la guerra de papel de los periódicos de «a penique». En el fondo, es el mismo desprecio con que una parte de Inglaterra comienza a mirar a la otra que va dejándose arrebatar por el espejismo de Norteamérica».